

XXI

SIERVA TE DOY...

Roto ya el pálido celaje, apenas brillaron las estrellas de la mañana salió el tamborilero á tocar el *Mambri* al través de las dormidas rúas, anunciando alegremente el día de la boda.

Por deferencias y respetos á don Miguel, se convino, aunque el novio era viudo, en prescindir de la clásica cencerrada y celebrar los desposorios con el solemne ceremonial que la costumbre ha convertido en ley. Y desde muy temprano, algunos vecinos madrugadores atravesaban el pueblo, en traje de fiesta, para formar la comitiva, bien armados los hombres de escopetas y trabucos.

Máximo, el novio, había llegado la víspera, procedente de Gijón; traía orondo equipaje, con las últimas «donas» para la desposada, dulces y licores para los próximos banquetes.

Luego de confesar y examinarse de doctrina, separáronse los prometidos; ella se encerró en su casa y

él fué á la de su allegado Fermín Crespo, trajinante en Pontevedra, jefe de familia en Valdecruces.

Un hijo de este mercader y un nieto del tío Cristóbal—ambos solteros, por ser la condición indispensable—fueron designados en calidad de íntimos del contrayente, para «mozos del caldo», especie de gentiles escuderos al servicio del novio. Facunda Paz y Olalla Salvadores eran damas de la novia, también «mozas del caldo», de cuyo pomposo remoquete pudo *Mariflor* evadirse, no sin algunas porfías.

Cuando los nuevos redobles del tamboril anunciaron la hora del almuerzo, llegó á casa de don Miguel un bizarro gentío, la flor y nata de Valdecruces y no pocos vecinos comarcanos. Para todos había lonchas de jamón, pavo, perdices, truchas y vino añejo, amén de otros manjares y escogidos postres.

Duró hasta las once de la mañana este primer festín, á cuya terminación, la madrina—una maragata de rumbo—prendió en la cabeza de la novia fuerte manto de severo color, caído hasta los pies sobre el lujoso vestido del país.

Comenzaron á tocar las campanas, y los hombres siguieron á Máximo, que siempre envuelto en una capa enorme, aparentó ir en busca de la bendición paternal. Simulada esta ceremonia, ya que el mozo no tenía padre, volvieron sobre sus pasos entre salvas nutridas, y á la puerta de don Miguel anunciaron con acento muy grave:

—Venimos á cumplir una palabra empeñada.

—Cúmplase norabuena—repuso la madre de Ascensión.

Y en el umbral, puesta la moza de hinojos, recibió las maternales bendiciones.

El séquito varonil partió delante; detrás avanzaron

las mujeres, silenciosas, con intachable compostura; los «mozos del caldo», dispuestos á correr hasta nueve arrobas de pólvora, dirigían las recias descargas de los trabucos.

Para lucirse mejor en el paseo, anduvieron todos á lo largo de la calle y dieron vuelta por una donde tenía la parroquia otro portal. Allí esperaba revestido el sacerdote, que permanecía en el templo desde que muy temprano administró á los novios la comunión. Estaba don Miguel pálido y triste; no quiso asistir al almuerzo y suplicó le dispensaran también de la comida, pretextando no hallarse muy bien de salud.

Comenzó el acto religioso en la cancela, apretados los contrayentes por la curiosidad del público no invitado que tomaba posiciones horas hacía. Como el atrio era pequeño, muchos testigos se quedaron fuera, y la calle, resplandeciente de colores y de sol, ofrecía en toda su esplendidez una gallarda nota regional; finos paños, sedosos terciopelos, brocateles y tisús, habían salido del fondo de los cofres y esponjaban al aire su belleza, mucho tiempo cautiva.

Entre la mocedad estaba *Mariflor*, trasojada y nerviosa, deshaciéndose en amargura bajo el rumboso atavío. Iba apoyando á Marinela, poco firme en su primera salida de convaleciente.

Mientras sudaban los novios con el despiadado abrigo de la capa y el manto, las mozas, al son de castañuelas y panderos, rompieron á cantar:

«Ya te sacaron la Cruz
de plata, para casarte;
delante del sacerdote
ya tu palabra entregaste.

Las arras y los anillos
que llevas, niña, en la mano,
son las cadenitas de oro
que te están aprisionando...»

A cada movimiento de las cantadoras, un vaivén de arrequives y flocaduras, un relumbrón de filigranas y corales se ufanaron en la luz.

Encima de la torre, sin temor al bullicioso concurso, las cigüeñas adiestraban á los hijuelos en sus primeras aventuras por el aire; giraba el macho en torno de las crías, con una presa en el pico, instigándolas á seguirle, y la madre volaba también alrededor de ellas, más abajo, para sostenerlas en sus alas si cayesen.

Penetró la boda en el templo. Y cuando en él buscaban Marinela y Florinda un banco donde sentarse, les hizo lugar una vieja, con mucha solicitud. Era la tía Gertudis, encogida y humilde. Su voz, al rezar, parecía un gemido; su pobre catadura inspiraba compasión.

Sobre el grupo que formaban las niñas y la vieja cayeron como un rayo los ojos de Ramona, pero no se atrevían las muchachas á moverse; celebrábase ya el Santo Sacrificio, y ellas fijaron su atención en el altar, reverentes y devotas.

El «Resucitado» le pareció á Florinda más muerto que nunca, con su lívido rostro lleno de sangre y la punzadora diadema sobre las sienes: tenía en una mano la Cruz, y en la otra, que señalaba triunfante al cielo, le habían colocado un ramuco de flores contrahechas. Quiso la joven rezarle con calor y confianza, como otras veces; pero un pesimismo cruel envolvía sus pensamientos en espesas nubes, y las mustias rosas de trapo, alzadas por el Señor con gesto desfallecido le causaron infinitas ganas de llorar...

La flauta y el tamboril acompañaron el canto de la misa, y la elevación fué señalada con formidables estampidos de pólvora. Iniciadas las últimas oraciones,

deslizáronse al portal las «mozas del caldo» —señaladas con mandiles verdes—seguidas por las demás solteras para ofrecer nuevos cantares á los novios:

«Sal, casada, de la Iglesia,
que te estamos aguardando
pa darte la norabuena,
que sea por muchos años.

Estímala, caballero,
bien la puedes estimar:
otro la pidió primero,
no se la quisieron dar.

Estímala, caballero,
como una tacita de oro,
que ya tienes mujer buena
para que te sirva en todo...»

Los cónyuges aparecieron en la lonja parroquial, sudorosos, acongojados, y allí mismo se apartó Máximo de su esposa para irse con los hombres á *correr el bollo*.

A pesar de lo cual, las muchachas, siguiendo al femenino cortejo de Ascensión, cantaron optimistas, con mucho repique de castañuelas:

«Por esta calle á la larga
lleva el galán á su dama;
por esta calle arenosa,
lleva el galán á su esposa.

Voló la paloma
por cima la oliva;
vivan muchos años
padrino y madrina.

Voló la paloma
por cima la fuente;
vivan muchos años
todos los presentes.

Ponei, madre, mesa,
manteles de hilo,
que viene tu hija
con el so marido...»

Encontró la joven en el umbral de su puerta dos sitiales engrinaldados, y, por si nadie supiese el destino de ellos, advirtió muy oportuna la copla:

«Sentaivos, madrina,
en silla florida;
sentaivos, casada,
en silla enramada.»

Sentáronse, en efecto, las dos mujeres, siempre cargada Ascensión con el duro manto, que después de aquel día sólo en caso de enviudar debiera ceñirse para los funerales del consorte. Las mozas, colocadas en dos filas, cantaron *el ramo*, un armadijo de muchos colorines con ajaracas y dulces. Fué largo y triste el homenaje, salpicado de consejos y alusiones, y le recibió la moza muy recoleta y compungida, sin levantar los ojos del suelo ni sonreír al final de la canción:

«Guapa es la novia cual naide,
guapo el novio cual denguno;
tengan hijos á docenas
y á centenares los mulos.»

Mientras tanto los jóvenes corrían en la era «el bollo» del padrino, un pan de seis libras en forma de pelele, con monedas de plata dentro de la cabeza.

Defendíanle los de la boda, al frente los «mozos del caldo», contra todos los corredores que se presentaban: reglas de tradición daban derecho á conseguirle. Cuando el vencedor hubo recogido las monedas del premio, distribuyóse el descabezado monigote entre los concurrentes, como fórmula que convertía á Máximo en vecino de Valdecruces: el alcalde pedáneo lo hizo constar así en un acta.

Todavía cantaron las mozas al llegar los del «bollo» á casa de don Miguel:

«Bien vengades, bien vengades,
bien venidos, que seyades...»

Habían colocado delante de Ascensión un profundo cesto de pan cortado en pedacitos, que ella repartía á cuantas personas se acercaban á decirle:

—¡Dios te haga bien casada!

Llegóse también la tía Gertrudis, y la moza, vacilando un momento, dióle su parte con mucha delicadeza, sin tocar la mano extendida en fino saludo.

Algunas voces protestaron:

—¡Fuera la bruja!

—No azomar á la pobre—dijo una compasiva mujer—; la infelice perecería de hambre si no fuera por las limosnas del señor cura.

—Tien mucho rejoy; no muere tan aina—rezongó Ramona. Y á su lado advirtió una zagala:

—Crear en agorerías es pecado mortal...

Cuando el pan de la boda estuvo repartido, sirvióse una gran comida: á la clásica bizcochada de vino rancio siguió la interminable lista de viandas fuertes que en un mismo plato compartieron los novios. Por fin, á media tarde viéronse éstos libres de su parda vestidura matrimonial, que les fué perdonada á los postres del banquete, para que bailasen juntos hasta rendirse.

Ya la madrina *había ofrecido*. Con su moneda de oro sobre una rica bandeja, pasó delante de los invitados diciendo:

—Para la rueca y el uso.

Todos daban: hasta las de Salvadores pusieron pesetillas en «la ofrenda» general.

Luego pidió el padrino:

—Para los primeros zapatos del infante.

Y también hubo dones.

Es incumbencia de los «mozos del caldo» llevarle á la novia su ajuar hasta el nuevo domicilio; pero como la recién casada iba á vivir lindando con su madre, fué para los muchachos cosa de un periquete el cumplir esta galante obligación.

Desplegóse luego la danza en toda su brillantez por la ancha rúa, extendida hasta la iglesia desde la casa parroquial. La fuerte luz del sol y la majeza de los trajes daban al espectáculo matices de alegría y de rumbo, que faltaban al baile de la era. Aunque el recogimiento de las mujeres tenía siempre un cariz de austeridad, parecían ahora menos cansadas y más felices. Los hombres, de punta en blanco, rozagantes y orondos, sin reir ni perder su grave actitud, rebosaban satisfacción: en la portezuela de sus chalecos las rosas tendían magníficos realces entre el plegado camisolín y la clásica almilla. Cenojiles, cintos y lazos, daban al viento la ferviente leyenda del amor, encerrada á veces en el cantarillo popular:

«Ahí tienes mi corazón
cerrado con esa llave:
abréle y verás que en él
sólo tu persona cabe...»

Empezó la danza por el «baile corrido», girando las parejas con un lento vaivén, lánguido y señoril, que terminó en compases de jota. Siguió el llamado «dulzaina»: las mujeres, de dos en fondo, dieron una vuelta en círculo; delante las doncellas, detrás las casadas, siempre abstraídas y mudas; iban los hombres en la misma forma, por el lado exterior del corro fe-

menino, hasta que á una señal del tamboril, buscaron parejas, escogiéndolas por orden riguroso, dos para cada uno, desde las primeras danzantes. Vino después la «entradilla», en la cual salen bailando los hombres y luego acuden ellas á buscar mozo: es el baile de los rubores y las zapatetas; las muchachas procuran elegir á los parientes más próximos, hermanos si es posible. El corro característico de las bodas le componen las mujeres sin bailar, de una en una, tocando las castañuelas: abre marcha la madrina, sigue la novia y van las solteras en último termino detrás de las «mozas del caldo». Esta rueda no se interrumpe cuando intervienen los bailadores desde la orilla para danzar con dos mujeres, bordando las figuras con jeroglíficos y detalles de clásico sabor y mucha honestidad.

En el fondo de la rúa castellana, bajo los resplandores crudos de aquel cielo de añil, adquiría la artística diversión caracteres de rito, fabuloso perfume de romance, al que prestaba marco insigne la torre parroquial con el sagrado nido de la cigüeña. Mas, de pronto, en un breve descanso del tamboril, iban los hombres á echar un *neto* sobre los manteles de la boda, siempre extendidos; y mientras esperaban jadeantes las mujeres, el encanto de la danza se deshacía y el aroma del culto viejo convertíase en vulgar olor á vino de Rueda, con agrio tufo á carne trasudada.

Así pasaron las horas. El escaso público que no tomaba parte activa en la fiesta iba cansándose pero nadie osaba decirlo: seguía corriendo la pólvora, y los espectadores seguían fijando los ojos en el baile con atávica devoción.

Habíase apartado don Miguel en su aposento con la disculpa de un leve malestar, aunque no quiso perdo-

narse de tomar café con el padrino y dirigir desde los balcones alguna curiosa mirada hacia la fiesta. Vió á *Mariflor* y á su prima del brazo, ambas con el semblante fatigado y mustio, recostadas en el atrio de la parroquia. Las hubiese invitado á subir, mas, huyendo la tristeza inconsolable de los garzos ojos, limitóse á mandar que las ofrecieran sillas.

Esta previsión colocó á las jóvenes en el punto más visible entre la concurrencia, bajo el dintel de la casa ornamentado con ramaje de chopos y negrillos, difícilmente logrado y ya moribundo.

La preferencia del lugar causó á las favorecidas alguna inquietud, porque, de soslayo, iban las curiosidades á perseguir con mayor ahinco el apartamiento de las dos zagalas bellas y tristes.

—¿No acabará esto pronto?—dijo molesta *Mariflor*.

—¡Quiá, mujer!; veráste tú: agora bailan hasta la noche, luego cenan mucho, y todavía cuando están acostados los novios, van los mozos del caldo á llevarles gallina en pepitoria.

—Ya, ya; ¡linda costumbre!...

—¡Y comen della!...

—Pero tú y yo nos marcharemos en cuanto caiga la tarde, porque te va á hacer daño el relente.

—No podremos dormir: la mocedad aturde á los vecinos con los trabucazos, y en cada puerta llama pidiendo aves para la tornabeda.

—Sí; ya sé que si no se las dan las cogen.

—Son derechos del novio... Mañana será la misa tempranico, y los parientes de los desposados llevan la ofrenda al señor cura.

—Eso no lo sabía.

—Un cuartillo de grano ó poco más: después se repite la fiesta de hoy.

—¿Tan solemne?

—Con menos ceremonias: sólo que una moza del caldo baila, llevando consigo la *pica*, que luego se reparte, un pastel pintado de rojo!...

Calló Marinela, negligente y cansada, suspiró Florinda y comenzó la tarde á palidecer. Ya iban ellas á retirarse: esperaban una ocasión para despedirse, cuando el tío Fabián se detuvo allí, extendiendo una carta:

—Es para el señor cura—dijo—. ¿Quién la recoge?

Mariflor, de un vistazo, conoció la letra: era de su padre. Y repuso:

—Yo la subiré; don Miguel debe de estar arriba.

El viejo, entregándosela, musitó:

—Mejor te daba una para ti, paloma.

Desapareció la joven sin responder, y había dominado apenas su emoción cuando llamó á la puerta del sacerdote, no poco sorprendido de la visita. Dentro de la carta venía, como de costumbre, otra para *Mariflor*; sin sentarse, leyeron impacientes cada uno la suya. Después se miraron, y fué la muchacha la primera en hablar:

—Dice que me case con Antonio...

Sonaron las palabras con una amargura indescriptible.

—Será un consejo.

—Es una súplica: mi padre se hunde y me pide auxilio.

Tendió la carta, señalando con un dedo temblón los suplicantes renglones «... hija mía; sálvanos á todos, y yo aseguro que en recompensa á tu sacrificio Dios te hará feliz».

Con profunda lástima levantó el cura los ojos hacia la moza.

—Lea usted lo que escribe antes—murmuró ella.
—Sí; me lo figuro: tu primo le propone reforzar aquel negocio con el capital necesario y bajo la condición de vuestra boda.

—¿Se lo cuenta á usted?

—Como á ti.

—¡Nada, que ese hombre me quiere comprar!

No te agravie su procedimiento: con él te da una prueba inaudita de estimación.

—¡Pero yo no me puedo vender!

—Díselo á tu padre honradamente.

—¡Dios de mi alma!

—Piensa que no estás obligada al sacrificio.

—¿Sacrificio?... Mi condescendencia no sería virtud, ya que Rogelio me abandona.

Se inclinó sollozante: en sus lágrimas hervía una terrible desolación.

Don Miguel protestaba conmovido:

—Sí, sí; el que voluntariamente rinde su libertad se sacrifica.

—Es que no soy libre: le juro, señor cura, que padezco una tremenda esclavitud... Ya ve usted cómo «se ha portado»; pues no importa: ¡le quiero, le quiero; no me puedo casar con otro... es imposible!

—Tranquilízate, niña: vete en paz. Yo escribiré á tu padre cuanto sucede.

—¡Dígale que no consiste en mí; que mil vidas diera yo por él; que me muero de pena al negarle este favor!...

La ahogaba el llanto; procuró el sacerdote calmarla con exhortaciones de mucha piedad. Despidióse la muchacha en cuanto pudo, y salió diciendo:

—¡Harto le mortifico á usted: Dios le recompense! Como la sombra había ganado ya las habitaciones,

desde el rellano de la escalera alumbró don Miguel con cerillas para que *Mariflor* bajase.

Iba desalada; huyendo de las luces de la cocina y el «cuartico», deslizóse al través del portal, hasta asir el brazo de Marinela y hundirse juntas en el sosiego oscuro de las calles.

Era tan visible la congója de la enamorada, que su prima le dijo con susto:

—Pero qué, ¿trajo malas razones la esquila?

—No, no.

—Vienes tribulante: bajabas á modín como escondida.

—Por no despedirme... ¡tengo tan poco humor! Mañana daremos una disculpa...

—Madre también fué para casa... Oye: ¡qué triste es una boda!... ¿noverdá? A mí me hace duelo sin saber por qué...

Mariflor sólo pudo contestar con un suspiro.

XXII

LOS MARTILLOS DE LAS HORAS

Corría Noviembre. Ya en los robles puntisecos y en las oscuras urces palidecían las hojas para morir enfermas de la fiebre otoñal; el sol se insinuaba amarillo y remoto, dorando apenas el matiz austero del paisaje, y en la hidalga llanura de León caían las horas con infinita pesadumbre...

* Una tarde, muy triste, *Mariflor* Salvadores tuvo que ir al molino, distante dos kilómetros del pueblo.

—Por el vero de la regona — dijole Olalla — no tienes onde perderte.

Ella se disponía á lavar junto á su madre hasta la noche, y Marinela, otra vez lastimosa, encogíase cerca de la lumbre.

Salió *Mariflor* con su cestilla de centeno al brazo y sus profundas penas en el alma. Anduvo el camino de la mies, raso y frío, tan sólo, que ni el vuelo de un ave le daba compañía: cigüeñas y golondrinas emigraron así que el viento comenzó á batir los eriales y la luz pareció vieja y pálida al través de las nubes.

Los cigojinos, al volar valientes y seguros en pos de sus padres, despertaron en el pecho de Florinda nostalgias de aventuras, loca impaciencia de albuces y horizontes. Las cosas fugitivas le hacían soñar y padecer: aguas, nublados y vendavales producíanle antojos inauditos, ansias de convertirse en átomos de aquellas peregrinas corrientes.

Hoy todo yace inmóvil alrededor de la moza: camina el silencio en torno suyo, y ella escucha en la «sonora soledad» caer los instantes bajo el martillo del tiempo, y fluir la vida con sordas palpitations que repercuten en los pulsos y en el corazón de la infeliz.

¡La vida!... ¿Para qué la quiere? Ya su alma se ha despedido de la felicidad. Vive *Mariñor* con los ojos puestos en todo lo que huye, en lo que vuela y muere: cuenta á veces los minutos con furioso deseo de que pasen; los empuja con el pensamiento; quisiera precipitarlos á millones en el silo de la eternidad. No es la suya la prisa del que espera; es la sombría inquietud del que busca la muerte; y, sin embargo, un violento impulso de esperanza ruge en el tormentoso río de estas ansiedades.

No quiere la enamorada confesárselo así, y ahora mismo aprovecha la muda complicidad de este sendero para romper las cartas de su novio. Con brusco arrebato las arranca del jubón y las desdobra: son tres. Rasgadas juntas, va haciéndolas añicos sin detenerse, apresurada y triste.

Las letras de los versos parecen rebelarse en los menudos jirones del papel, y Florinda huye del galope de su memoria, que repite:

... soy el amor que pasa,
el niño amor que encontrarás un día
tras de las tempestades de tu alma...

A pesar suyo escucha la moza los apasionados ecos de la querella. Se dulcifica entonces su rostro; y en un repente de inefable ternura siembra en el páramo los pedacitos de su felicidad, como granas de amor, algunos caen al agua, á cuya linde camina la joven.

Quédanse allí los despojos de un cariño, las simientes de una ilusión, temblando en la apacible linfa, diciendo á los duros terrones un enamorado «escucho»...

Cunde el regato fino y silente, corren las nubes amenazadoras, y en la descolorida lontananza se dibujan los perfiles de la aceña; allá lejos, una pastoría tiende la corona de su redil junto á la henchida cama del pastor.

Recuerda la caminante su primera salida por el campo de Valdecruces y su encuentro allí con *Rosicler*, el galán pastorcillo que ya emigró, como las aves. Muchos días anduvo radio y pesaroso alrededor de la moza, hasta despedirse de ella. ¿Qué la dijo?... ¡Nada! Parecía tener los ojos cargados de secretos, pero sólo acertó á murmurar: ¡Adiós, adiós!... Iba llorando.

—¡Pobre!—balbuce Florinda tras fuerte y hondo suspiro.

Y amargada después por el acre sabor de tantos infortunios, se enardece y rebela con el ímpetu de su gran corazón apasionado; ansia que al despertar el viento en los eriales pueble de frémicos la llanura, torne lívidas las aguas del arroyo y arrastre granizos y nieves... ¡Quisiera envolver las desolaciones de su alma en una grandiosa tempestad, en una formidable desolación del mundo entero!...

Asomados á las teleras balitan con desconsolada blandura los corderitos primales, y el rapazuelo guar-

dián entretiene sus ocios evocando al invierno en lánguida canción:

«¡Ay noche de Navidad,
ay noche serena y clara!...»

— Buenas tardes.

— Bienvenida.

Los ojos del niño siguen con extraño embeleso la gentil figura de *Mariflor*, que todavía parece forastera y trasciende á encantos desconocidos en el país.

— ¡Usa la guedeja al aire! — dícese el pastor, absorto en la esplendidez de los cabellos que la muchacha luce.

Y ella va mirando cómo crece la regona, según se aproxima al ladrón abierto en el canal.

El viento ha despertado: gime y vocea sobre el tribulo de la mies y amontona las nubes que al rodar escriben silenciosos renglones en el agua.

Hay poca gente en la aceña, que muele despacio, con el cauce débil, y las maragatas allí reunidas aguardan la lluvia como un beneficio. Pertenece á varios pueblos esta fábrica, que el Duerna rige y que sólo en invierno trabaja; las mujeres, que esperan en riguroso turno, platican con igual lentitud que el molino funciona. De vez en cuando una se levanta, llena la tolva de cibera, suspira y vuelve á sentarse. A poco avisa la citola que la rueda se ha parado; hay que esperar que represe el agua.

Cuando llega Florinda á pedir turno, algo confusa de su inexperiencia, la reciben afablemente, la hacen sitio en un escaño, y en voz baja mencionan la familia de la joven:

— ¡Quién la vió y quien la ve! ¿Noverdá?

— Sí; ¡con la arrufadía que gastaron!

— Era gente de mucha tramontana...

— ¡Como tuvieron los haberes á rodo!...

— ¡Y es bellida la moza!

La cual vió con gusto presentarse á Maricruz, que al regreso de Piedralbina entraba á pedir un poco de agua y á buscar compañía, si la hubiese, para volver á Valdecruces.

— Pues en la sotabasa — le dijeron — tienes colmado un cantarico; y aquí está la de Salvadores.

Bebió Maricruz, sonrió á su vecina y sentóse á esperarla.

— ¿Qué hora será? — pregunta una mujer.

Otra responde:

— Sin la ruta del sol no es fácil conocerlo.

Y á la recién llegada le parece que habrán dado las tres.

— ¡Corre mucho frío! — le dicen.

— Abondo, y cercea.

— Pos la nieve es segura.

— Sí; hogaño la tenemos antes de Navidá.

— Ya de madrugada hubo pingañillos en los alares.

— Pronto crece el Duerna y tenemos que abrir el fortacán para moler.

Una moza de Piedralbina anuncia sonriente que las fiestas de año nuevo van á estar muy preciosas. Y se discute la propiedad con que ese día los pastores se disfrazan de mujeres para hacer gala de resistencia y caracterizarse bien de valerosos. Así vestidos se denominan *wiepas*; bailan en zancos sobre la nieve, cantan y piden aguinaldos en extrañas procesiones nocturnas, que iluminan con «mechones» y adornan con tirsos, como los gentiles en las orgías de Baco...

Poco después, logrado por *Mariflor* su castillo de

harina, salen de la aceña las zagalas de Valdecruces.
—Aguantai—les dijeron—, que no os alcance la nieve.

Y ya los primeros copos se cuajaban en el aire.

Quiso Maricruz entretener el camino en amistosa conversación y mostrarse gentil con la niña ciudadana. Dijo que venía de pagar la «avenencia» del médico, y preguntó si era verdad que las de Salvadores esperaban al tío Isidoro.

—Paez que trae un amago de cáncere—compadeció.

—No sé—dice vagamente Florinda, observando con admiración á su compañera. Es una moza rubia y dulce; siempre que habla sonrío; tiene seguro el paso, tranquilo el acento, apacibles los ojos, y la boda aplabada con un hijo de Tirso Paz.

El agua de la presa ondula al viento, con profundos sonos; el pastor se ha cobijado, y las nubes, cargadas de cellisca, borran las líneas del paisaje.

—¡Buena noche se nuncia para el vuestro filandón!—prorrumpie sonriendo Maricruz.

—No irá gente, si nieva.

—Más de gana, mujer, que habéis un establo bien mullido y anchuroso. ¿Dais entrada á la tía Gertrudis?

—Si va...

—Porque endecha unas historias de guerreros y marinos, que da gusto oyirlas. Ella anduvo en su mocedad por las playas y conoció á maragatos de mucho enseño, aquistadores que allende fincaron ciudades y ganaron á pote.

—Pero, ¿los hubo?

—Ya lo creo, rapaza.

—Me lo dicen; lo he leído...

—¿Y lo dudas?

—A veces, sí.

—No conoces bien á estos paisanos; cuando te hagas estadiza entre nosotros, ¡ya verás!

—Veo mucha pobreza; las mujeres aquí abandonadas á sus fatigas, los hombres ausentes, duros.

—¿Duros?... No te entiendo... Valdecruces es una aldea ruin; pero Maragatería es muy grande y tiene pueblos ricos y casas á la moda. Por ahí fuera, los maragatos que hicieron fortuna y recibieron estudios, son agora señorones de mucha fama.

—Ya, ya...

Es tan incrédulo el mohín de Florinda, que Maricruz, despierto su estímulo regional, prosigue con algún calor:

—Hay libros que ponen muchas cosas valientes de los maragatos; la maestra de Piedralbina se los hace leer á todas las rapazas.

—Yo no digo mal de estos hombres, que de aquí es mi padre.

—Y tus agüelos.

—¡Claro! Digo de las costumbres, de la rudeza del país... ¡Es tan triste!... Y en los hombres parece que se nota más.

—Los que no aprenden finuras serán como dices tú; pero más cabales para el trabajo y la honradez no los encuentras; si dan una palabra la cumplen, sostienen su familia al tanto de lo que ganan, y el que engañe á la mujer se deshona para inseculá... ¡Nunca acontece!

Mariitor, lanza un débil suspiro, y su amiga, creyéndola conforme con el ardoroso discurso que acaba de pronunciar, se engríe y continúa:

—Tamién hay maragatos que trovan en la política

y escriben en los papeles. Háilos militares de mucha ufaneza, clérigos de mucha santidad...

—Ya lo sé.

—En cuanto los acrianzan fuera de aquí sirven para todo como el primero: y aun los pastores más esfarrapaos tienen barrunta para medrar, si á mano viene.

Ahora Florinda sonríe á pesar suyo.

—Sí, mujer; acuérdate de aquel rapaz de Iruela que aballadaba ganados al pie del Teleno. Comiéronle los lobos una res y el pobretico, temiendo al amo, alejóse por la Sanabria alante. Conque llegó perdido á Extremadura y por causa de una revolución le echaron para Portugal; entodavía de allí le desterraron á Inglaterra, y sin saber la fabla ni conocer á nadie, entró de sirviente en una relojería: aprendió el oficio y ya no hubo en todo el orbe otro relojero más famoso.

—Sí, ese era Losada: conozco la historia. Cuando vino á su tierra después de mucho tiempo, dejó un reloj muy grande en Madrid, regalado para un edificio de la Puerta del Sol.

—¿Véslo?... Pues otros pastores de Santa Catalina, parientes de mi abuela, bajaban con las merinas á Badajoz todos los años, á invernar en los jarales de un duque al cual nombran del Alba. Ello fué que labrando la tierra baldía junto al chozo, halláronla fecunda y cada invierno, cuando iban ende con los ganados trashumantes, labraban otro poquitín, hasta que el señor duque les dió permiso para fincar entre sus aradas dos pueblos, los Antrines, el de arriba y el de embajo... ¿Sabíaslo?

—Eso no.

Sonríe triunfante Maricruz y pisa con firme orgullo

en el yerto camino. Florinda, para corresponder á la locuacidad de su compañera, murmura:

—Tú pareces muy feliz... ¿Cuándo te casas?

—Neste invierno: aun no está adiada la boda—responde con rubor—. Y tú para las Navidades ¿eh? Llevas un mozo de mucha hombría... ¡Pa que veas que hay gente de prez nestas planuras de León!

Achacando á modestia el silencio de Florinda, no insiste la moza en este punto y da otro giro á la plática:

—¡Cómo sona la nube!

—¡Sí!

Ambas jóvenes se detienen un instante á escuchar la furente carrera de los vientos y á medir con tranquila expectación la preñada negrura del nublado. Una y otra, por distintas causas, permanecen serenas: ni á Maricruz le asusta el temporal por conocerle mucho, ni le halla *Mariflor* bastante recio para aturdirse en él. Va pensando que su alma está más sombría que los cielos, y buscan sus ojos con ansiedad una huella de la semilla de amor arrojada en la llanura poco antes. Pero ya las ráfagas tempestuosas verberaron con ímpetu en el suelo, y al borde del estremecido arroyo no parece rastro ninguno de la siembra sentimental.

Y cuando, alucinada, se inclina *Mariflor* para coger, como una reliquia algo blanco y menudo que rueda por allí, levanta un copo de nieve donde creyó recuperar el adorado fragmento de una carta: en la ardorosa mano se deshace al punto la vedija glacial...

—¡Qué te sucede?—pregunta Maricruz, viendo palidecer á su amiga—¿Tienes miedo?

—No.

El ronco arrullo y el trastornado semblante con que responde, preocupan á Maricruz. Una impresión ex-

traña y dolorosa turba su silvestre espíritu. Se enlaza con blandura al brazo de su compañera y dice, conmovida, sin saber por qué:

—¿Sigue Marinela mejor?

—Está lo mismo.

—¿Aun dormís á la santimperie?

—Ya no; mi tía se opone desde que empezó el mal tiempo.

—¡Pobre pitusa!... ¡Y agora, si viene su padre también comalido!

—¡No sé si vendrá!...

—Ansí dicen que la tía Gertrudis os malface: ¿oístelo?

Mariflor se había serenado un poco.

—Eso es mentira—protestó.

—Yo nunca lo creí: ni es bruja ni prodigiadora... Será, si acaso, conjurante.

—Es una triste vieja como las demás.

—Y mejor: sabe fervorines, cantares y medicinas, que te pasmas. Con tomillín de un cantero de la huerta y otro yerbato dulce, me curó á mí antaño la ronquez.

—Dicen que está muy sola y muy necesitada.

—Sí; la malfamaron y poco se la ayuda, aunque la juventud no cree ya en los hechizos: son cosas de rapaces y de viejas...

Apretó á nevar: las muchachas, muy juntas y diligentes, seguían la margen del arroyo, fiel rumbo hacia Valdecruces en la espesa cerrazón del horizonte. Ya estaba lejos el cauce del molino, y Maricruz, guiada por su experiencia campesina, anunció alegre:

—Pronto llegamos.

Mas al punto refrenó el paso, prestó oído, y añadió pesarosa:

—¡Ay!... ¡Se ha muerto la tía Mariana!

—Sí; tocan á difunto—dice Florinda escuchando—, ¿pero cómo sabes que es por ella?

—Fíjate en las posas: una... dos... Si hubiera muerto un hombre serían tres.

—¡Ah!

—Tamién el tío *Chosco* anda malico.

—¡Pues mira que si se muere el enterrador!

—Hereda el puesto el sacristán.

—Y esa tía Mariana, ¿era muy vieja?

—Sí, mujer: abuela de Facunda por parte de mi...

—¿Y abuela de tu novio?

—Velái.

—Vamos á rezar por su alma.

Un devoto murmullo acarició los compungidos semblantes de las mozas, que llegaban á Valdecruces cuando ya, en precoz anochecer, moría la tarde, malherida de la nieve.

Iba *Mariflor* tan penetrada por el soplo de la tragedia, que no experimentó grande inquietud al oír en su casa llantos y quejidos. Supuso llegada la hora de que la Humanidad, lo mismo que la Naturaleza, estallase en lamentos. Y las razones de esta lógica explosiva quedaron atravesadas por una voz lamentable que decía en la sombra del *estradión*:

—¡Ay, cómo tardabas!... ¿No sabes que Pedro va á partir y que mi padre viene á morirse?

Florinda no supo qué responder, y Marinela, deteniéndola aún por el brazo, añadió con angustia:

—Madre dice que nosotras somos harto pobres para socorrer á un enfermo, y que la abuela ya no tiene casa ni haberes para aconchegar á su hijo; además no quiere que mi hermano marche; llora por él claman-

do que se le rebatan, que se le quitan: la abuela gime y Olalla paez muda.

—Pero, ¿quién ha escrito?

—Tu padre.

—¿A mí?

—No: á la abuela.

—¡A mí ya no me escribe!

—¡Mujer, la carta pone para ti tantas de cosas!...

Dentro se habían apaciguado un poco las lamentaciones y *Mariflor* siguió escuchando á su prima.

—Verás: dice la esuela que unos maragatos ricos pagan estos viajes que te cuento. Mi padre llegará para la Pascua y el rapaz tiene que salir á primeros de mes con un paisano de Santa Coloma.

Suspiró con ansia la niña y lamentóse:

—¡Ay, Dios, ya estoy más sediente que nunca, con un jibro en el pecho y un acor en el alma!

—Pues hay que tener ánimos—murmuró *Florinda* maquinalmente.

—Yo no sirvo para este mundo... ¡Si pudiese entrar en el convento!

En aquel instante llegaban los niños de la escuela sacudiéndose la nieve y extendiendo las manos en la oscuridad, con rumbo á la cocina, donde antes resonaron los lloros. Detrás de los rapaces entraron las muchachas.

Ardía en el llar un fuego mortecino y temblaba sobre la mesa la luz del candil. En viendo *Ramona* á su hijo mayor, lanzóse á él con ademán salvaje y comenzó á gritar como si le prestaran sus aullidos todos los animales maltratados y moribundos:

—¡Ay fiyuelo, quédome sin tigo!... ¡Te parí de mis entrañas, te pujé en mis brazos y trabajé para ti como una sierva!... Agora que me conoces y me

quieres, te me quitan... ¡Ay, pituso, non te veré más!... ¡Los mares y los hombres te rebatan!...

Parecían mordiscos, por lo hambrientos, los besos de la madre; lloraba toda la familia, y el zagal, asustado, apenas supo decir:

—¡Volveré pronto!

—Volverás muriente como tu padre, y yo estaré tocha y ceganitas como tu abuela, sin nido ni cubil pa tu resguardo; lo mesmo que esa pobre: ¡mira!

Y conteniendo la explosión de su piedad en el acento ronco y firme, *Ramona* empujó á su hijo hasta la anciana.

Acogióle ella entre sus brazos doblándose, en el sitio para recibirle, con tan acongojada pesadumbre, como si del viejo corazón exprimido cayese en aquel instante la última gota de ternura.

También *Carmen* y *Tomasín* se refugiaron, ronceros y llorones en aquella caricia. Estalló un sollozo en el pecho de *Olalla*, y el triste concierto de ayes y suspiros volvió á levantar sus desconsoladas notas en la escena.

Ramona, con los ojos fijos en el grupo que formaban los rapaces y la tía *Dolores*, fué serenándose hasta sentir un repentino bienestar que sin saber cómo se le subió á los labios en una dulce palabra.

—¡Madre!—dijo.

Nadie respondía. Las muchachas creyeron que hablaba sola. Pero ella avanzó resueltamente desde el sitio donde había quedado en pie. Su larga sombra ganó el techo y llenó la cocina de gigantes perfiles.

—¡Madre!—iba diciendo. En los últimos años, endurecido su áspero carácter por el infortunio, huyó arisca de pronunciar esta suave palabra.

—¡Madre!—repitió—; ¿no me oye?

Y puso las manos con inusitada blandura en los débiles hombros de la vieja.

—¡Ah!... ¿Me llamaste á mí?

—¡Claro! Mire: con llorar, el solevanto que nos acude non se desface y atribulamos á estas criaturas.

—¿Qué quieres, hija?

—Que no llore: es menester que Sidero la halle moza.

—¿Pos no dijiste?...

—Era por decir: usté entodavía tiene salud y casa pa recoger á su hijo.

—¡Ah!... ¿Consientes?...

—¿Soy acaso una hereja?... ¿Se iba á quedar el pobre en medio de la rúa?... Pujaremos por él como cristianas.

—Mujer, ¡Dios te lo pague!

—Sí—murmuró Ramona abrazando otra vez á Pedro—. ¡Dios me lo pagará cuando vuelva éste!...

Temblaba Marinela apoyándose en su prima, y las dos, lo mismo que Olalla, se animaron con aquellas últimas frases.

—Andaí—ordenó Ramona, alcanzándolas, con un gesto impaciente—. Van á venir las del filandón y no hay que poner las caras acontecidas. Mañana hablaremos al señor cura.

—Denantes—pronunció Marinela aprovechando una cordialidad tan expresiva y rara—vide á la tía Gertrudis, y me dijo...

—¿Onde la viste, rutiando por aquí?—interrumpió desabrida la madre.

—Pasaba sobrazando un atiello de coscoja: ¡casi no podía con él!

—Bueno; ¿y que te dijo?

—Que esta noche vendría al filandón, porque en la

so cabaña no tiene luz para hilar... Yo no me atreví á decirle que no viniera; ¡como don Miguel manda que se la estime!...

—Pos... ¡que entre!—concedió Ramona vacilante, mirando á Pedro con oscura inquietud—Y agora, las cuchares y el pote: á cenar, pa que estós críos se acuchen.

Las pálidas figuras del cuadro se movieron sin ruido, y rodó solitario en la estancia el son de la esquila parroquial que aun contaba las fúnebres posas...